

Juha Herkman

Populismo. Un enfoque cultural

Traducción de María Enguix Tercero



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *A Cultural Approach to Populism*

Traducción autorizada de la edición en inglés publicada por
Routledge, una división de Taylor & Francis Group.

Diseño de colección: Estrada Design
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Fotografía de Javier Ayuso

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Juha Herkman, 2022. All Rights Reserved
© de la traducción: María José Enguix Tercero, 2024
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2024
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1148-600-2
Depósito legal: M. 647-2024
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 9 Lista de figuras y tablas
- 11 Agradecimientos
- 13 Introducción
- 31 1. ¿Qué es el populismo?
 - 34 El atractivo para el pueblo
 - 39 La ideología
 - 47 El estilo político
 - 53 Los movimientos políticos
 - 61 La identificación política
 - 69 Un enfoque cultural del populismo
- 74 2. Breve historia de los diferentes populismos
 - 79 El populismo agrario
 - 84 El populismo autoritario
 - 90 El populismo político
 - 95 El nuevo populismo
- 102 3. El populismo y la democracia
 - 104 Las distintas formas de democracia
 - 112 El populismo como desafío a la democracia liberal
 - 117 El populismo como parte de la democracia
 - 119 Amenazas y correctivos

Índice

126	4. El populismo y los medios de comunicación
135	La mediatización de la política
140	El populismo mediático
147	El modelo del ciclo de vida
154	Las redes sociales y el populismo
163	5. Tres perspectivas sobre el populismo
165	El estado de bienestar
172	La globalización
179	El posmodernismo
187	Conclusión. El populismo después de la pandemia y de Trump
203	Bibliografía
219	Índice analítico

Lista de figuras y tablas

Figuras

2.1 Las formas históricas del populismo moderno	79
3.1 Formas de democracia y populismo	110

Tablas

1.1 Diferentes definiciones de populismo	70
2.1 Dimensiones de las formas históricas de populismo.....	77
4.1 Lógicas políticas y mediáticas	138
4.2 El ciclo de vida de un movimiento neopopulista.....	148
4.3 La lógica del populismo y las redes sociales	157

Agradecimientos

Mi interés por el populismo nació hace una década aproximadamente, cuando escribí un libro académico en finés sobre la relación entre la política y los medios de comunicación. En él estudié particularmente la relación que existe entre los medios de entretenimiento y la política, y descubrí que el populismo estaba presente tanto en la literatura de investigación como en mis estudios de caso. A partir de entonces, decidí estudiar el populismo en profundidad y recibí financiación de la Academia de Finlandia para dos proyectos: «Representations of the Nordic populism» (2013-2018) y «Mainstreaming populism in the 21st century» (2017-2021). Estoy muy agradecido a la Academia de Finlandia por haber financiado mi investigación sobre el populismo y a todos los colegas que en sendos proyectos me han ayudado a descifrar el misterio del populismo durante los últimos diez años.

Este libro es una traducción modificada de mi ensayo en finés más reciente sobre el populismo. En 2019, Paul Rayes

hizo la traducción de los dos primeros capítulos, pero desgraciadamente no la pudo continuar. Yo tenía otros proyectos entre manos y casi me olvidé de este. Sin embargo, a finales de 2020 saqué tiempo para seguir traduciendo yo mismo el resto del libro. También comprendí que era necesario actualizar el manuscrito a raíz de la pandemia de la COVID-19 y de la derrota de Donald Trump en las elecciones presidenciales de Estados Unidos en 2020. Terminé la primera traducción a principios de 2021 y después le pedí a Mark Shackleton que revisara el manuscrito. Finalmente, con la esmerada ayuda de Mark, pude concluir la tarea en febrero de 2021. Estoy muy agradecido a Paul y Mark por su competencia en inglés y su dedicación a la traducción del proyecto. También quiero dar las gracias a Routledge por haber aceptado el manuscrito en su programa, y a los cuatro revisores anónimos, cuyos comentarios me ayudaron a mejorarlo.

Cuando empecé a investigar sobre el tema, el populismo ya era objeto de estudio, pero no estaba en boca de todo el mundo. Hoy es un tema de investigación muy de moda debido al Brexit y a Donald Trump, que han captado sobremanera la atención de los investigadores angloamericanos. Mientras traducía este libro, ni el populismo político ni la investigación mostraron signos de aplacarse. Con suerte, mi manual contribuirá a la comprensión de la naturaleza actual, camaleónica y difusa, del populismo.

Helsinki, 15 de octubre de 2021

Juha Herkman

Introducción

A finales de 2016, el populismo se había reincorporado al léxico mundial como palabra de moda y se oía en todos los ámbitos sociales. El concepto cobró vigencia por primera vez en junio de ese año, cuando el Reino Unido e Irlanda del Norte celebraron un referéndum consultivo y, sorprendentemente, votaron a favor del Brexit, es decir, la salida de la Unión Europea (UE). Un factor que tuvo una incidencia importante en el resultado del referéndum fue la campaña nacionalista –que en gran medida ha sido calificada de populista– llevada a cabo por el Partido de la Independencia del Reino Unido (UKIP) y, en general, sus maquinaciones contra la Unión Europea. Por supuesto, en el Reino Unido había un caldo de cultivo para salirse de la Unión Europea, dado que desde hacía mucho tiempo existía un fuerte euroescepticismo en el país, que no se había incorporado a la eurozona ni había participado en la Unión Europea en la misma medida que Francia y Alemania (véase Leconte 2010, 99). Pero fue sobre todo

la conversión del líder del UKIP, Nigel Farage, en el azote de la Unión Europea al dar la cara públicamente con vistosas actuaciones políticas de cierta notoriedad.

Cuando Donald Trump fue elegido presidente de Estados Unidos a finales de 2016, la sorpresa fue mayúscula. Ya su ascenso como candidato republicano a la presidencia suscitó gran asombro, y pocos creyeron que los métodos del multimillonario empresario le procurarían el cargo más poderoso del «mundo libre». Sin embargo, la campaña populista de Trump atrajo a los votantes de aquellos estados que tenían una mayoría de *blue-collar workers*¹, en los que su rival Hillary Clinton debería haber tenido más peso. Trump prometió «devolver a Estados Unidos su grandeza» reforzando la industria y los negocios nacionales, recrudesciendo el control de las fronteras y la inmigración, invocando la seguridad nacional y reduciendo el gasto público en seguridad social. Trump representaba todo lo contrario al dos veces presidente electo de Estados Unidos Barack Obama, que había promovido la igualdad, el multiculturalismo y los programas medioambientales; de hecho, Trump apeló a la población decepcionada con la administración Obama y consiguió retratar a Hillary Clinton como la representante de una élite corrupta, especialmente al hacer uso de la publicidad mediática que le proporcionaron sus mensajes populistas en Twitter².

El Brexit y Trump se convirtieron en fenómenos mediáticos mundiales, suscitando un debate sin precedentes sobre

1. Literalmente, ‘trabajadores de cuello azul’. Con esta expresión se denomina en los países angloparlantes a los trabajadores menos cualificados en las empresas. [N. del E.]

2. Actualmente ha cambiado su nombre por X. [N. del E.]

el populismo. Sin embargo, el populismo ha sido objeto de debate en Europa a lo largo de todo el siglo *XXI*. En muchos países de Europa occidental eran recientes las victorias en las urnas de los partidos políticos de derecha radical que se oponían rotundamente a la inmigración y a la penetración de la cultura islámica en las tradiciones nacionales europeas. Quizá sorprenda que estos partidos hayan encontrado apoyos especialmente en democracias liberales como los Países Bajos, Bélgica, Austria, Suiza y los países nórdicos, donde, por tradición, las cuestiones se deciden con un amplio consenso, y donde posiblemente se ha llegado más lejos en temas de igualdad, derechos de las minorías y la idea del estado de bienestar. Pim Fortuyn, asesinado en los Países Bajos en 2002, formó su propio partido antiislámico (Lista Pim Fortuyn) ya en los años 1990, al que sucedió el Partido por la Libertad (Partij voor de Vrijheid, PVV), liderado por Geert Wilders. En Bélgica, el Partido Flamenco (Vlaams Belang, antes Vlaams Blok), el Partido de la Libertad de Austria (Freiheitliche Partei Österreichs, FPÖ) y el Partido Popular Suizo (Schweizerische Volkspartei, SVP) se han perfilado como movimientos nacionalistas y antiislámicos. A pesar de las diferencias entre países, el Partido Popular Danés (Dansk Folkeparti, DF), los Demócratas de Suecia (Sverigedemokraterna, SD), el Partido del Progreso noruego (Fremskrittpartiet, FrP) y el Partido de los Finlandeses (Perussuomalaiset, PS) comparten valores y visiones similares, hasta el extremo de que se sitúan dentro de un amplio grupo de partidos populistas europeos de derecha radical (Jungar y Jupskas, 2014).

En Europa, la Agrupación Nacional (Rassemblement National; hasta 2018, Front National, FN) en Francia y la Lega (Lega; antes Lega Nord) en Italia llevan tiempo al frente del

populismo nacionalista de derechas. La Agrupación Nacional se fundó a principios de los años 1970 con Jean-Marie Le Pen a la cabeza hasta 2011. Desde el principio, el partido ha puesto el acento en el interés nacional y en la soberanía de Francia, frente a confederaciones como la Unión Europea. Desde que la hija de Jean-Marie, Marine Le Pen, asumió el liderazgo, el nacionalismo y las ideas antiislámicas son cada vez más importantes en la política del partido. Por el contrario, en Italia, el estímulo de la Lega han sido los llamamientos a la independencia de la región de Padania, en la misma línea del movimiento independentista catalán en España y el flamenco en Bélgica. No obstante, las visiones conservadoras sobre los roles de género, la religión, la antiinmigración y las críticas a la Unión Europea han desempeñado un papel destacado en las políticas de la Lega y las conectan con el populismo de derechas europeo. En particular, desde que Matteo Salvini asumió el liderazgo del partido en 2013, la Lega ha pasado de ser un movimiento independentista del norte a convertirse en un partido populista nacionalista de derechas.

Los movimientos populistas de derecha han alcanzado posiciones de poder predominantes en el este de Europa, especialmente en Hungría y Polonia. En Hungría predomina el Fidesz –la Unión Cívica Húngara–, con el primer ministro Viktor Orbán, cuyo liderazgo llevó al país al autoritarismo durante la década de 2010. En las elecciones de 2010, el partido obtuvo una victoria aplastante y una mayoría abrumadora en el Parlamento, lo que permitió a Fidesz modificar la Constitución y las leyes sobre los medios de comunicación. Fidesz mantuvo su mayoría en las elecciones de 2018 y siguió concentrando poder durante la pandemia de la

COVID-19 en 2020. Los cambios permitieron al partido hacerse con el control del poder judicial en el país y restringir las actividades de los medios de comunicación, que los gobernantes han atado en corto desde entonces. En Polonia, el partido conservador nacionalista Ley y Justicia (Prawo i Sprawiedliwość, PiS) obtuvo la mayoría en las elecciones parlamentarias de 2015 y ha seguido la línea de Fidesz, limitando las actividades del poder judicial y de los medios de comunicación; sin embargo, la posición del partido no se ha escrito en piedra como Fidesz en Hungría. En Polonia, la oposición ha sido más fuerte, y Ley y Justicia no ha podido desoír las protestas de la ciudadanía contra la tendencia autoritaria del partido. No obstante, la oposición liberal polaca está tan preocupada como sus homólogos húngaros³.

El fuerte auge de los movimientos políticos nacionalistas en Europa y Estados Unidos ha vinculado el populismo con el nacionalismo y la xenofobia hasta tal grado que, en muchos lugares, el término «populismo» es ya sinónimo de nacionalismo extremista y racismo (Brown y Mondon, 2020). El temor al fortalecimiento de los regímenes autoritarios también ha vinculado orgánicamente el populismo con el fascismo y el neonazismo o, en otras palabras, con la extrema derecha (por ejemplo, Müller, 2016; Mudde, 2019). Se trata de algo comprensible por razones históricas, pero resulta discutible, pues también hablamos de populismo al referirnos a numerosos movimientos políticos no extremistas y xenó-

3. En las elecciones parlamentarias de 2023, la coalición Plataforma Cívica –que englobaba a los partidos de la oposición– derrotó al partido ultraconservador Ley y Justicia. El líder de esa coalición, Donald Tusk, fue nombrado primer ministro. [N. del E.]

fobos; por ejemplo, Podemos en España y Syriza (La Coalición de la Izquierda Radical) en Grecia, ambos de izquierdas, son partidos políticos europeos de este milenio fuertemente asociados con el populismo, pero en ningún caso deben equipararse con los partidos nacionalistas populistas de derechas.

Podemos y Syriza representan el populismo de izquierdas, cuyos principales objetivos son la defensa de los intereses económicos de la nación frente a las corporaciones empresariales supranacionales y los *lobbies* económicos. Además, el kirchnerismo de Argentina o el populismo de Hugo Chávez en Venezuela han sido una parte integral de la historia política y de la política de izquierdas en Sudamérica. En estos contextos, la cuestión de la etnicidad apenas ha sido relevante. Una posibilidad que conviene considerar cuando se analizan las múltiples expresiones del populismo es precisamente el hecho de que investigadores y periodistas diferencian entre varios tipos de populismo, asociando una variedad de prefijos y adjetivos a la forma de populismo analizada. Por ejemplo, la investigación utiliza el término «populismo de derecha radical» para aludir a movimientos populistas extremistas nacionales y xenófobos (por ejemplo, Mudde, 2007), mientras que en el contexto de Podemos y Syriza, hablamos de «populismo de izquierda».

Estas modificaciones del término esclarecen la forma de populismo que está siendo analizada y, según el contexto, resultan muy útiles, pero no eliminan su ambigüedad. Por eso, hay gran variedad de populismos de derechas y de izquierdas. Por ejemplo, el Movimiento 5 Estrellas (Movimento 5 Stelle) del cómico italiano Giuseppe Piero «Beppe» Grillo fue difícil de clasificar al principio como populismo de izquierda o de derecha, aunque era innegablemente popu-

lista. Del mismo modo, los movimientos populistas que han surgido en distintos países de Asia tampoco pueden clasificarse claramente como de derecha o de izquierda de acuerdo con un modelo europeo. La razón es que los sistemas políticos y las culturas asiáticas difieren tanto que el populismo tiene sus propias formas en este continente. También en los casos de Asia oriental y Oriente Medio se ha hablado de un «nuevo populismo islámico», que es diferente del fundamentalismo islámico y que atrae principalmente a la decepcionada clase media urbana y al proletariado de los países de mayoría musulmana (Hadiz, 2016). En Sudáfrica, por otra parte, el populismo se ha vinculado a los problemas aparejados al crecimiento de la joven democracia liberal (Vincent, 2011). En general, el estilo político populista no está sujeto a una división entre izquierda y derecha.

En numerosas culturas políticas, el populismo significa simplemente un estilo político que seduce a los votantes con promesas vacuas y un lenguaje provocador. En este aspecto, el populismo es un término negativo empleado de manera peyorativa (Canovan, 2005; Bale *et al.*, 2011), y así, cuando en una democracia pluripartidista, un político desea criticar la incapacidad de un rival, lo llama «populista». En su sentido más amplio, el populismo puede vincularse a cualquier ámbito de la vida ajeno a la política, y encontramos acusaciones de populismo en el mundo de la cultura, la economía o el deporte (véase McGuigan, 1992). En la misma línea, los medios de comunicación pueden utilizar los términos «populismo» o «populista» sin excesiva rigurosidad cuando quieren referirse a un lenguaje político nacionalista demagógico para el que, en realidad, no existe un término apropiado.

Emplear «populismo» como un término peyorativo o un concepto paraguas que funciona de apoyo para abordar un fenómeno político puede ser apropiado a veces. No obstante, por regla general, refleja un pensamiento poco riguroso y un uso del lenguaje que tiene más posibilidades de confundir que de facilitar nuestra comprensión política (Dean y Maiguashca, 2020). Hablar de populismo en lugar de racismo, fascismo, xenofobia, conservadurismo, nacionalismo, nativismo, socialismo o cualquier otro término más específico, oscurece el asunto en cuestión y entorpece cualquier crítica que pueda ser potencialmente incisiva. Llamar populista a un movimiento o acusar a un político de populista puede servir de consigna en lo que concierne a la retórica política, pero no revela qué hace que el discurso sea populista. En vez de emplear el término «populismo» de forma vaga, es aconsejable usar expresiones precisas cuando las haya. Populismo no es lo mismo que racismo o nacionalismo, aunque se asocien con frecuencia.

La investigación política empezó a considerar el populismo en los años 1950 y 1960, y los primeros libros académicos sobre el tema son de esa época (por ejemplo, Shils, 1956; Ionescu y Gellner, 1969). Los libros académicos o las monografías sobre el populismo empezaron a aparecer en la década de 1980 en inglés y español porque el populismo se asociaba específicamente con la cultura política norteamericana y latinoamericana (por ejemplo, Canovan, 1981; De Ipola, 1983). En el contexto americano, el populismo se abordaba en gran medida como un fenómeno de la sociedad agraria. Hacia finales del siglo XX, se empezó a hablar de un nuevo populismo o neopopulismo, especialmente en muchas democracias europeas, cuando surgieron movimientos po-

pulares de derechas nacionalistas. La «nueva ola» del populismo occidental engendró investigaciones y también libros académicos en el cambio de milenio (por ejemplo, Taggart, 2000). En el siglo XXI proliferó la investigación europea sobre el populismo con la publicación de libros de investigación fundamentales sobre cuestiones como el populismo y los medios de comunicación (Mazzoleni *et al.*, 2003), el populismo y la democracia (Mény y Surel, 2002; Panizza, 2005; Albertazzi y McDonnell, 2008) y la relación entre el populismo y el radicalismo de derechas (Mudde, 2007). En 2005, Ernesto Laclau (1935-2014), filósofo político de origen argentino, publicó *La razón populista*, donde cristalizaron las ideas que había desarrollado previamente junto a su colega Chantal Mouffe, con nuevas conclusiones al respecto. Las reflexiones de Laclau han suscitado desde entonces un feroz debate y han dividido fuertemente el campo de la investigación sobre el populismo.

Más recientemente, el estudio del populismo se ha disparado en el mundo anglosajón, sobre todo en la década de 2010, lo que se refleja en un importante aumento de las investigaciones publicadas al respecto (Brown y Mondon, 2020). Esto se explica en parte por el éxito de Trump y el voto a favor del Brexit, pero también por la continua popularidad de los movimientos populistas antes mencionados en todo el mundo y por la estabilización del populismo como tema de investigación en las universidades europeas y americanas. Así, los datos de investigación sobre el populismo se acumulan constantemente. La creciente permanencia de los partidos populistas en numerosas democracias occidentales ha propiciado la producción de literatura de investigación al respecto (por ejemplo, Albertazzi y McDonnell, 2015; Akker-

man *et al.*, 2016; Eatwell y Goodwin, 2018; Norris e Inglehart, 2019; Pappas, 2019), lo mismo que la relación del populismo con la comunicación política (por ejemplo, Aalberg *et al.*, 2017; Lochocki, 2017; Reinemann *et al.*, 2019) o incluso la relación entre la recesión económica y el populismo (Kriesi y Pappas, 2015). Se han escrito nuevos libros académicos sobre el tema que se aproximan al populismo como un estilo político (Moffitt, 2016) o como una ideología «débil», basada en el antagonismo entre el pueblo y la élite (Mudde y Kaltwasser, 2017). La finalidad de estos enfoques ha sido superar el reto de las múltiples caras del populismo y encontrar una perspectiva que, como Laclau, pueda diseccionar una variedad de formas de populismo. Algunos libros de texto han desviado su interés del populismo a los fundamentos más ideológicos de la derecha radical y otros actores políticos contemporáneos que desafían las instituciones democráticas (Mudde; 2019; Moffitt; 2020). Además de lo anterior, se han publicado numerosos libros académicos que vinculan más estrechamente el populismo con la extrema derecha nacionalista y xenófoba, lo que se contempla como una senda aterradora hacia el fascismo o el nazismo (por ejemplo, Wodak, 2015; Müller, 2016). También se han publicado lecturas académicas sobre el tema (por ejemplo, Kaltwasser *et al.*, 2017; De la Torre, 2019).

En la actualidad, el populismo se estudia o se menciona en muchos campos de investigación diferentes. Sin embargo, a grandes rasgos, la investigación sobre el populismo político puede dividirse en dos líneas principales; una se sitúa en la politología, y la otra, en la tradición de los estudios culturales. La línea de la politología ha sido más popular, pero la orientación cultural también cuenta con sus seguidores

en el mundo académico. Por supuesto, la división no es unidimensional y muchos estudios combinan características de ambas tradiciones, pero es posible trazar al menos una tenue línea entre ellas. La diferencia esencial de estos paradigmas guarda relación con cómo es entendido el populismo en tanto tema de investigación y con cómo es abordado metodológicamente.

De forma simplista, en la tradición politológica el populismo se entiende como un fenómeno que puede definirse como un objeto de investigación empírica distinto y diferenciado del entorno político. Hallamos cierta forma de corriente positivista presente en el enfoque politológico, cuyo objetivo principal es definir el populismo, y al que se vinculan la elaboración y la comprobación empírica de hipótesis. Por ejemplo, algunos movimientos políticos son definidos como populistas, y sus actividades ideológicas y electorales se analizan con ayuda de datos empíricos. Esto explica que a este enfoque del populismo se lo denomine hoy en día «enfoque ideacional» (Mudde, 2017). En politología, los métodos de investigación son las herramientas que hacen más comprensible el material. Así, los métodos cuantitativos, como las encuestas, las especificaciones de contenido y los análisis de varianza y regresión, son muy empleados en el enfoque politológico del populismo.

El enfoque cultural aborda el populismo desde una perspectiva constructivista, cuyo objeto de investigación es la propia construcción del populismo. La teórica cultural e investigadora de arte Mieke Bal (2002, 4-5, 9) insiste en el hecho de que, en el análisis cultural, los conceptos son más importantes que los métodos. Según Bal (2002, 44), los sujetos de análisis son los procesos culturales, y dicho análisis hace hin-

capié en los conceptos y las relaciones intersubjetivas, mientras que el empirismo político puede fijarse en sujetos (objetos) de investigación claramente definidos, su medición objetiva con cierto método y la evaluación de los resultados de la investigación mediante una teoría predeterminada. Así, la perspectiva cultural se centra en un enfoque cualitativo del populismo, al que considera una construcción cultural, y de acuerdo con el enfoque, es este mismo proceso de construcción el que debe ser sujeto de la investigación y no un populismo predefinido y medible empíricamente. Como en este enfoque no se puede identificar ningún sujeto populista predefinido, sino que el populismo se ve construido en la actividad política contingente, el enfoque también se denomina «posfundacionalismo» (Marchart, 2007).

Este libro sigue el enfoque cultural para definir el populismo porque creo que capta esencialmente las experiencias emocionales y las líneas de actuación tomadas en relación con la emergencia y la construcción del populismo. Sin embargo, el libro no comulga plenamente con el constructivismo o con la idea «posfundacionalista» de que los cambios en el entorno político impiden la restauración de los principios básicos, como las ideologías y los partidos, en política. En mi opinión, la política de partidos y el sistema político ocupan una posición fuerte en las democracias y en la vida de las personas; por lo tanto, no hay razón para abandonar el debate sobre el populismo, puesto que se relaciona tanto con la democracia como con la política de partidos como fenómenos empíricos influyentes. La investigación politológica ha producido abundantes estudios empíricos sobre temas identificados como pertenecientes al populismo y ha desarrollado un elevado volumen de conocimiento acu-

mulado sobre el fenómeno, que en este libro puede verse, por ejemplo, en los capítulos sobre la relación entre el populismo y la democracia, y el populismo y los medios de comunicación.

Así pues, este libro se diferencia de otros estudios sobre el populismo en que procura tender un puente entre la investigación sobre el populismo politológico o ideacional y el enfoque cultural, que con frecuencia se entienden como contradictorios. En este contexto, el populismo no se limita al examen de los movimientos políticos individuales y de las figuras políticas. Por el contrario, aborda el populismo como un fenómeno político general amparándose en perspectivas tanto teóricas como históricas. La investigación empírica relativa a los movimientos populistas sirve, evidentemente, como fuente de material para el libro, y yo mismo he estudiado a fondo la relación entre los partidos populistas y los medios de comunicación en el contexto del norte de Europa.

No obstante, el objetivo principal del libro es abordar el populismo como fenómeno político general y local desde diversas perspectivas. En este sentido, el enfoque cultural constituye un punto de partida interesante, puesto que pone de relieve la importancia de los contextos en las constelaciones populistas. Así, este libro sigue el enfoque cultural, especialmente para comprender y definir qué está en juego en el populismo, pero recurre a la investigación politológica para analizar las consecuencias del populismo en la vida política, la política de partidos y las democracias en un nivel más concreto. Con «enfoque cultural del populismo» me refiero a que el populismo se entiende como *un proceso de identificación y significación afectiva en el que una identidad po-*